

XXXI DOMINGO ORDINARIO

Homilía de monseñor Marcelo Raúl Martorell, obispo de Puerto Iguazú para el 31º domingo durante el año (4 de noviembre de 2007)

“Señor, tu compasión llega a todos los hombres” Sal. 11, 23

Dios es misericordia infinita e inagotable para con el hombre de hoy tan necesitado de ella. Y por eso no nos tiene que extrañar que la liturgia vuelva constantemente sobre ese tema.

Dios que ha creado al hombre en un acto de amor, lo recrea de nuevo día tras día en un acto de misericordia, con el que remedia sus debilidades, perdona sus culpas y lo redime del mal.

En la primera lectura de este domingo Sabiduría 11, 23-24) no expresa este concepto de una manera explícita “Te compadeces de todos, porque todo lo puedes, cierras tus ojos a los pecados de los hombres, para que se arrepientan. Amas a todos los seres y no odias nada de los que has hecho”.- Es la misericordia de Dios la que permite que el hombre siga subsistiendo, pues en su misericordia Dios continúa amándolo y manteniéndolo con vida, a pesar del pecado y su infidelidad, pues Dios lo ha hecho para El y no puede dejar de amarlo y llevarlo de alguna manera a la salvación. Dios no mira sino el corazón del hombre que le pertenece y utiliza todos los medios de la gracia para rescatarlo si está perdido o para poseerlo totalmente si es de El.-

En el Evangelio de hoy (Lc.19,1-10), se expresa este concepto claramente con la conversión de Zaqueo, el publicano. Después de haber curado al ciego, antes de entrar en Jericó, y mientras la atraviesa, Zaqueo de baja estatura, se sube a un árbol para ver a Jesús que pasa, quiere conocer al Maestro de quien tanto a oído hablar y de cuya bondad con los publicanos a oído. No nos olvidemos que los publicanos eran personas esquivadas y odiadas por todos a causa de su dependencia de empleados del Imperio Romano. Zaqueo era su jefe y por lo tanto más odiado que los otros, no le interesa lo que la gente piense de él; solo le interesa ver al Señor y espera su paso espiándolo desde arriba del árbol. Jesús al pasar, lo mira con amor y le dice “Zaqueo baja en seguida porque hoy tengo que alojarme en tu casa” (Ib 5) Jesús no mira el pecado de Zaqueo, enriquecido con el dinero de la gente, no lo desprecia ni se lo reprocha...Jesús solo ha mirado su corazón. Zaqueo que nunca habría imaginado tal proposición baja del árbol y acoge a Jesús lleno de gozo. La gente se escandaliza, pero a él no le importa...Jesús ha tocado su corazón y tiene cosas importantes para tratar con él: “Señor la mitad de mis bienes se los doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le devolveré cuatro veces más” (Ib 8) Zaqueo se ha convertido, bastó la mirada de amor del Señor hacia su corazón, que su conciencia queda iluminada. No nos olvidemos que para este hombre solo existía la realidad del dinero ganándolo aún a costa de injusticias.

El deseo sincero de ver a Jesús, de conocerlo, abrió su corazón a la gracia y por ella fue tocado, el amor de Dios que no discrimina y que vela por todos, especialmente se llega al corazón de los pecadores que se han alejado de él (son los que necesitan del médico, son los enfermos del alma). Y por eso se ha oído decir "Hoy ha llegado la salvación a esta casa...porque el Hijo del Hombre ha venido a salvar y buscar lo que estaba perdido" (Ib 9-10) El publicano a quien los fariseos consideraban perdido sin remedio, se le ofrece la salvación y él la acepta abriendo su casa y su corazón al Salvador.

Todos los hombre de la tierra somos mirados con el mismo amor con que el Señor miró a Zaqueo. Todos estamos llamados a la conversión del corazón y llamados a la salvación. En el libro del Apocalipsis, el Señor nos dice "Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz, y me abre la puerta de su corazón, vendré a él, entraré en su casa, y cenaré con él y él conmigo"(Ap.3,20).

Dios en su infinita misericordia nos ofrece día a día su amor, que es para nosotros conversión y amistad con Dios. No rechacemos esta oportunidad que nos brinda el Señor en su gran amor. No tengamos conformidad con nosotros mismos, busquemos y encontraremos algo más, encontraremos al Señor que nos está llamando!!!

Que la Virgen madre del amor eterno nos ayude a encontrar al Jesús de la misericordia.

Mons. Marcelo Raúl Martorell, obispo Puerto Iguazú